

VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, 2007.

Orillero en Cobija. Cazador Recolector Contemporáneo del Desierto Costero.

Manuel Escobar Maldonado.

Cita:

Manuel Escobar Maldonado (2007). *Orillero en Cobija. Cazador Recolector Contemporáneo del Desierto Costero. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/vi.congreso.chileno.de.antropologia/128>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eCzH/eFB>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Orillero en Cobija. Cazador Recolector Contemporáneo del Desierto Costero¹

Manuel Escobar Maldonado*

Resumen

A partir de una investigación etnográfica, se generan conocimientos acerca de la población que hoy habita Cobija, intentando reconocer posibles líneas de continuidad o discontinuidades con las antiguas poblaciones. El estudio se centra en una persona, que mediante técnicas bastante elementales, subsiste dedicado a la caza y la recolección. Sin embargo, también se describe y analiza su participación en la cadena de producción económica mercantil, impulsada por la industria conservera. De esta forma, se describe un modo de vida que mantiene referentes con las poblaciones originarias, pero que además integra las actuales redes sociales y culturales, ligadas al influjo del mercado.

Palabras Claves: Cazador Recolector, Cobija, Orillero, Desierto Costero, Etnografía.

Introducción

Este trabajo se sitúa en el marco de la etnografía y tiene como objetivo principal generar conocimiento acerca de la población que hoy habita Cobija, sus formas de subsistencia ligadas al mar, sus percepciones, condicionamientos y disposiciones, para de esta forma reconocer posibles líneas de continuidad o explicitar discontinuidades con las poblaciones que residieron antiguamente en el lugar. Es así, como el rescate de este conocimiento puede por un lado contribuir a la investigación arqueológica, al proveer saberes de la vida en la costa desértica, pero sobre todo se inclina por hacer visibles modos de vida que no figuran en el conocimiento público general y que sobreviven entre realidades diferentes.

Cobija, el centro de esta investigación, fue el puerto más importante de Bolivia hasta el siglo XIX;

No sabemos con seguridad cuando Cobija aparece por primera vez en una fuente escrita, aunque se supone que varias referencias que existen sobre «la ensenada» o «puerto de Atacama», a partir de mediados del siglo XVI hayan designado a este lugar (Bittmann 1979:329).

Téllez (1990), relata que el 28 de diciembre de 1825, Simón Bolívar promulga un decreto en Chuquisaca, con el cual convierte a Cobija en el puerto principal de Bolivia debido a las condiciones que reunía para la comunicación con el interior. Fue bautizado como Lamar, en honor a don José Lamar, prócer de la independencia de Colombia y Mariscal del Perú.

Con el paso del tiempo, Cobija se transformó en el balneario aristocrático de Bolivia. Su población creció de 80 habitantes en 1824 a más de mil en 1867. Posteriormente el puerto comenzó a ser abandonado debido a catástrofes naturales. La primera, desde que era puerto, fue el 13 de agosto de 1868, cuando se desató un terremoto que derrumbó más del 70% de las construcciones, lo que produjo muchas muertes y heridos, así como un despoblamiento general. El gobierno boliviano se hizo cargo de la situación, reconstruyó y repobló el puerto, pero cuando esto se realizaba, se produjo una epidemia de fiebre amarilla, lo que hizo nuevamente que la gente arrancara y que el gobierno tuviera que ayudar a los sobrevivientes para volver a repoblar. De todas maneras, en 1871 Cobija volvió a ser el puerto principal de Bolivia, hasta que se desencadenó el otro gran terremoto, el 8 de mayo de 1877, el cual derrumbó el 90% de las edificaciones, que fueron luego azotadas por un maremoto que terminó por destruir prácticamente todo (Téllez 1990). Dos años después, luego de la Guerra del Pacífico, Chile anexa los territorios bolivianos. El desinterés del gobierno, que no tuvo (ni tiene) la intención de hacerse cargo de Cobija, hizo que fuera decayendo cada vez más hasta convertirse en una caleta de pescadores.

Mucho antes, Cobija fue uno de los importantes asentamientos de poblaciones indígenas que vivían en la costa del desierto de Atacama,

...existió una población relativamente estable aunque pequeña. Diversos autores destacan principalmente el pequeño tamaño y el gran aislamiento de la población de Cobija y sus alrededores. Tienden a verla como un conglomerado pe-

* Licenciado en Antropología, Universidad de Chile, mem1074@gmail.com

queño de familias indígenas sin un mayor nexo entre sí (Bittmann 1979:327).

Con aguadas semi salobres, era de los pocos lugares que permitían la subsistencia de las poblaciones en un desierto implacable. Tenía una bahía protegida, ideal para la recolección, la caza, la pesca, además de la cercanía de la cordillera de la costa, que les permitía también internarse a cazar guanacos. Bittmann (1979; 1984) nos indica que la información etnohistórica respecto a estos habitantes tiende a ser muy homogénea, pero al mismo tiempo, expone información acerca de los diferentes etnónimos que se les dieron, lo que supone la existencia de distintos grupos y posibles particularidades.

Changos es la denominación que quedó luego del período colonial. Pero los investigadores e investigadoras (Bittmann 1984; Castro 1997; Martínez 1998; Murra 1964; Wachtel 2001 [1990]), indican que en los documentos de la época aparecen tres etnónimos más para estas poblaciones: Uros, Camanchacas y Pro-anches. Volviendo al presente, vemos que Cobija es ahora una caleta de pescadores, más bien de buzos, con una población flotante que ha construido pequeños ranchos donde se quedan por temporadas o períodos más cortos, en los cuales trabajan y luego vuelven a sus ciudades, Antofagasta, Mejillones, Tocopilla, Coquimbo, San Antonio y otras. También hay gente que vive todo el año, pero son pocos. En general, la vida que se establece en Cobija es bastante precaria y parece que una de las razones fundamentales es la volatilidad del establecimiento de los habitantes; muchas son personas que no tienen un apego generacional con el lugar y que viven prácticamente al día; sacan, ganan y gastan. No parecen tener perspectivas a largo plazo. Obviamente, esto no quiere decir que todos sean así, ni es un juicio de valor sobre esa forma de existencia, pero si es importante destacarlo como reflexión para este estudio, ya que muestra como el mar ofrece una opción de subsistencia, pues siempre está ahí para recibir y abastecer.

Formas de subsistencias

Los documentos muestran como algunas formas de subsistencias se han mantenido en el tiempo. Sin embargo, como es de esperar, el devenir de esta relación de los habitantes y el mar ha sufrido varios cambios, y algunas de las costumbres que caracterizaban a las poblaciones del litoral de la extensa área centro sur andina, han desaparecido o se han transformado. Las

referencias bibliográficas (Bittmann 1984; Castro 1997; Hidalgo 1978; Martínez 1998) nos hablan de pueblos pescadores, mariscadores y cazadores, de guanacos en la cercana cordillera de la costa y de lobos marinos. Esta última actividad, resaltada en todos los registros debido a la dependencia que tenían de este animal, que conformaba parte esencial tanto en la dieta, como en la elaboración de artefactos como viviendas, balsas y vestimenta. No obstante, esa práctica desapareció junto a las etnias que dependían de ella. Incluso cazar lobos en la actualidad está prohibido por ley y ahora sólo se consume su aceite con fines terapéuticos; aceite que se extrae (supuestamente) de los lobos que han muerto por accidente en las redes de los pescadores. Además de la desaparición de la caza del lobo, también desapareció la caza del guanaco. Tenemos registros orales, que indican que en la década del 60 del siglo pasado, fueron los últimos años en que se practicó.

En cuanto a la pesca, claramente la incorporación de técnicas e instrumentos nuevos la hacen diferente a cómo se hacía en tiempos pasados (Latham 1910; Llagostera 1993 [1989]). Sin embargo, ahora en Cobija prácticamente no se pesca; algunos de nuestros entrevistados lo adjudican a las consecuencias de una fuerte Corriente del Niño en los años ochentas, que disminuyó considerablemente la cantidad de peces, al punto de generar desinterés debido a la poca conveniencia económica de salir a pescar. Otro factor influyente, según los entrevistados, sería la pesca industrial que ha arrasado con el fondo y con gran cantidad de especies.

Es así como el buceo se han transformado en la actividad más importante y eje del funcionamiento económico de la caleta. Sobre todo ahora que alguien de Cobija, la señora María Pinto, ejerce el oficio de rematador², haciendo más fluida la cadena productiva y comercial, y por lo tanto más directa la obtención de dinero. El buceo tiene dos formas de realizarse. Una conocida como «a resuello», que es la técnica de apnea; bucear, recolectar y cazar, aguantando la respiración. Y la otra es con compresor de aire. Técnica y equipamiento que aparece en la década de los 60, y que consiste en que el buzo baja conectado a una manguera, por la que se le suministra oxígeno con el compresor de aire. Esto implicó una mayor productividad, que junto a la comercialización de los productos, nos alejan de las relaciones que estamos buscando entre los grupos de personas de distintas épocas, pues sin lugar a dudas, la tecnología de compresión de aire cambió el modo de

enfrentar el trabajo y la interacción con el mar. Tampoco he escogido al buzo a resuello como el sujeto para desarrollar la investigación, pues si bien técnicamente está relacionado a lo que conocemos de los pueblos más antiguos (hay evidencias arqueológicas de exostosis en los conductos auditivos de los cuerpos encontrados), las relaciones que he visto que mantienen estos buzos con el mar es demasiado comercial, utilitaria quizás y tecnificada. Llegan en automóviles o camionetas en grupos de cuatro o cinco, extraen y se van nuevamente a la ciudad. Al no ser habitantes del lugar, el nexo establecido con el mar se reduce a la extracción y finalmente a la comercialización.

Es por eso el orillero a quien apunta este estudio. Pues aún con técnicas bastante elementales se dedica a la caza y la recolección por la orilla del mar, acercándose más a las formas de subsistencia descrita en los documentos. Orilleros en Cobija hay dos. Los hermanos Olivares, don Manuel y don Ricardo. Sin embargo don Ricardo, si bien hace el mismo trabajo que su hermano, vive en Tocopilla. Va todos los días de la semana a Cobija a orillar y se vuelve en la tarde. Es como un trabajo regular, guardando las proporciones por supuesto. En cambio don Manuel vive en Cobija y por lo tanto su relación con la naturaleza es continua. Su día gira en torno a las subidas y bajadas de las mareas, arreglar su vivienda y sus artefactos, alimentar a sus perros, hacer fuego para cocinar, o simplemente estar sentado leyendo un diario viejo por enésima vez.

Se puede decir que don Manuel tiene un modo de vida, por lo menos una parte importante, de cazador recolector. Se dedica a la obtención de productos y no a la producción. Recolector, porque sus labores incluyen la recolección de algas, específicamente huiro y la extracción de mariscos; y cazador porque la actividad que guía y que más remunera su trabajo, es la caza del Pulpo. Sin embargo, don Manuel está inserto dentro de una cadena de producción mayor y dentro de patrones culturales que tienen que ver con modos de vida contemporáneos, que incluyen otras necesidades y por el cual circulan imaginarios aparentemente distantes a sus formas de subsistencia.

Esta situación, lo coloca en un espacio tenso entre su existencia de cazador recolector y su participación en las redes de producción económica de mercado. Esta tensión, que seguramente para él jamás ha sido figura, sino que se le aparece en formas concretas a diario, es según mi criterio producto de la ubicación fronteriza³ en la que se encuentra, en la cual hay formas de subsistencia que no responden a todos los marcos es-

tablecidos por el libre mercado, pero que igual logran de alguna forma ser cooptados por él aunque sea parcialmente. Es lo que no entra en esa parcialidad lo que genera un contrapeso, creando el espacio donde se pueden detectar procesos de tensión o conflicto que son propios de una transición entre modelos de vida diferentes. Lo particular en este caso, es que este proceso de transición sería un estado permanente, donde la no resolución, que claramente es propensa a que desaparezca este cazador recolector contemporáneo, se establece como constitutiva de la forma de vida de don Manuel.

Persistencia en el desierto costero⁴

El extremo meridional del amplio desierto costero peruano-chileno, es lo que corresponde a la costa norte de nuestro litoral. Esta se extiende desde Arica hasta Chañaral y tiene como características fundamentales ser una faja muy estrecha, discontinua, árida y que se despliega por acantilados y playas de poca anchura. Además, en su parte norte existen valles que han generado diferencias culturales importantes y que inducen a dividir este territorio en dos. La costa árida de valles y quebradas, que va desde Arica a Pisagua, y la costa árida de arreísmo absoluto, que se extiende de Pisagua a Chañaral (Llagostera 1993 [1989])⁵.

Las diferencias geográficas que sustentan esta división, también han establecido particularidades en el acontecer de las poblaciones que han habitado este litoral, ya que la presencia de los valles abre la posibilidad del desarrollo agrícola, que el arreísmo absoluto impide y que ha sido fundamental para que las poblaciones hayan ido complementando y transformando sus modos de vida. No obstante, la omnipresencia del océano implicó la creación de un conjunto de tradiciones que se han extendido a lo largo del territorio y del tiempo, y que llegaron a un gran nivel de especialización, que Llagostera agrupa bajo la denominación de «núcleo de pescadores andinos»:

Las sociedades costeras andinas fueron las primeras poseedoras del principio básico del anzuelo; principio que se fue difundiendo hacia el sur en la medida que estas poblaciones o sus aportes culturales se desplazaban en esa dirección. El centro de mayor desarrollo de este núcleo de pescadores andinos, sin duda, se consolidó en el norte de Chile, tal vez por la necesidad de extraer del mar todos los elementos de subsistencia (Llagostera 1993 [1989]:59)

Para aprehender y conocer el desarrollo de este núcleo de pescadores andinos, Llagostera (1982) ha propuesto tres etapas sucesivas para la relación económica de las poblaciones con el mar, las que llamó dimensiones. La primera dimensión es la longitudinal, es decir, el acceso a los recursos de las orillas, «específicamente de la franja de mareas, y aparentemente sin otro instrumental para la pesca que las redes.» (Llagostera 1982:224), la que tiene sus primeras evidencias en la costa de Antofagasta, con fechas radiocarbónicas de 9.400 y 9.680 a. p. La segunda etapa es la dimensión batitudinal, en la cual se logra el acceso a los recursos ictiológicos de profundidad mediante la aparición del anzuelo, entre el 7.500 y 7.000 a. p. en la costa norte de Chile, lo que generó una gran transformación en la vida económica y social de las poblaciones, que se vería reflejada en el paso de una organización de bandas a una de tipo tribal. Y por último, la tercera etapa o dimensión latitudinal, donde gracias a la invención de la balsa se logra abarcar una mayor extensión de mar, facilitando el acceso tanto a recursos conocidos como nuevos, y logrando que el abastecimiento fuera permanente, suficiente y de mayor calidad, lo que «supone menos tiempo dedicado a las actividades de subsistencia y en consecuencia un excedente de tiempo social.» (Llagostera 1982:231).

Los investigadores dedicados a este territorio, han logrado establecer características que han sido agrupadas de distintas maneras; en complejos culturales, períodos precerámicos, culturas o tradiciones. Sin embargo, en un trabajo reciente, Llagostera (2005) escribe que en vista de los nuevos descubrimientos de sus colegas y de los reanálisis efectuados, se hace posible considerar la coexistencia de grupos culturalmente distintos. Lo que además de hacer más compleja la situación, hace muy difícil tomar un complejo como prototipo de un momento determinado. Es por eso que arma la secuencia en relación a fases, permitiendo de esta forma incorporar en períodos de tiempo determinados, a diferentes grupos culturales. Hay eso sí, un cambio en la consideración del territorio, ya que el autor incorpora, al sector del litoral árido de aridez absoluta, el litoral subárido, dando como razones fundamentales las similitudes tanto en sus condiciones ecológicas, como en los rasgos culturales analizados.

Es mediante la recolección y síntesis, de los trabajos arqueológicos, que he podido dimensionar la profundidad y el peso de la vida en el litoral. Reconocer, diez mil años más tarde, movimientos y pertenencias muy

similares en los habitantes actuales de la costa desértica, no hace más que validar las reflexiones acerca de la continuidad de algunos rasgos, a pesar de las transformaciones obvias que promueven el paso del tiempo y los nuevos contextos socioculturales. El ejercicio de reconstrucción imaginaria que permite y exige la información arqueológica, se ha hecho carne en el trabajo de campo, donde conociendo esos modos de vida y con un poco de «imaginación inversa», es decir, tratando de evadir algunos elementos contemporáneos, se pueden comenzar a levantar los puentes que nos unen al pasado prehispánico.

En este sentido, la propuesta del «núcleo de pescadores andinos» hecha por Llagostera (1993 [1989]), expresa la fuerza de los conocimientos surgidos de la relación de los humanos con el ecosistema marino. Da cuenta, sobre todo para las poblaciones que habitaron nuestra área de estudio, la costa de aridez absoluta, de la trascendencia del ingenio y compenetración alcanzada, con el prácticamente único abastecedor de elementos para la subsistencia.

A su vez, el modelo de las tres dimensiones (Llagostera, 1981), me ha servido para fijar las características prehispánicas de la explotación intermareal, pues da cuenta del alcance temporal de estas sencillas técnicas, y por tanto, de lo efectivas que son. Es muy relevante ver como, a pesar del desarrollo de las tecnologías más elaboradas, como los distintos tipos de anzuelos, de concha circulares o con vástago recto, de espinas de cactáceas o de los compuestos con barbas de hueso, así como posteriormente los arpones y las balsas de cuero de lobo, el trabajo de orilla se mantuvo siempre, permitiendo el acceso a los recursos más inmediatos que constituían una parte importante de la subsistencia de estos grupos. Es así como vemos que en los distintos sitios, de las distintas fases o complejos, se encuentran constantemente moluscos, peces de orilla y algas, que incluso fueron utilizadas para sellar los pisos de algunas construcciones, como también redes para la pesca de orilla, chopes, desconchadores y cuchillos.

También es importante destacar del conocimiento prehispánico, las relaciones de los grupos costeros con los de las tierras del interior, pues es otro aspecto que podríamos incluir, aunque en términos más abstractos, en las posibles continuidades. Sobre todo cuando pienso acerca de los intercambios que nuestro grupo (de investigadores) hizo con los cobijanos.

Post contacto europeo

Para generar un panorama diacrónico, es necesario examinar lo que la etnohistoria, la historia y la antropología nos pueden mostrar. En este sentido, en general los documentos más antiguos, mayoritariamente de cronistas, viajeros o funcionarios coloniales, nos muestran una visión bastante uniforme de estos grupos, las cuales describen vidas muy precarias, casi comparables a animales, haciendo hincapié sólo en algunas características de sus modos de subsistencia. Esta situación se ve además incrementada, debido a las condiciones «marginales» de estos territorios en la colonia, lo que aumentaba los prejuicios y las distinciones arbitrarias.

Actualmente esas poblaciones, que dejaron de existir como fueron descritas, se les llaman Changos, que fue la denominación que se mantuvo luego del proceso que se dio durante la colonia y que incluyó tres etnónimos más; Uros, Camanchacas y Pro-anches. Los investigadores e investigadoras que han estudiado el tema, no han logrado dilucidar el por qué de esas variaciones, ni han podido determinar lo que cada denominación representaba, pero se especula que podían hacer referencia a categorías religiosas, sociales o de especializaciones productivas y no necesariamente a identidades étnicas, como si ocurría con otros pueblos de la región (Bittmann 1984; Castro 2001; Martínez 1990; Murra 1964). La complejidad aumenta cuando se sabe por documentos de la época, principalmente religiosos, que convivían en esa zona personas que eran identificadas por las distintas denominaciones, encontrándose por ejemplo matrimonios entre camanchacas y proanches, lo que explicita la duda acerca de la pertenencia de los distintos etnónimos a un sólo grupo étnico, y destaca las posibilidades de que por un lado, se estén reconociendo categorías de distintos ámbitos, o expresando las confusiones e ignorancias de parte de los colonizadores, que en su afán por dominarlo todo legitimaban la autoridad de adjudicar nombres unilateralmente; sin desconocer que en algún momento pudieron las mismas personas reconocerse con alguna de esas denominaciones, cuestión que no aparece registrada.

El territorio en el que se encontraban las poblaciones reconocidas como Changos, era la «franja del Pacífico entre quizás los 17° Lat. S. (sur del Perú) y los 30° Lat. S. (Tongoy en la costa chilena)» (Bittmann 1984: 111). Victoria Castro, nos indica que ese territorio que hoy pertenece a la Provincia del Loa, durante la Colonia se

llamó Atacama, territorio que a su vez fue parte de la Audiencia de Charcas que en 1560 se creó por necesidades administrativas. Ésta Audiencia tenía como sede la ciudad de La Plata o Chuquisaca, cercana a Potosí. En 1776 pasa a formar parte del virreinato de Buenos Aires y a depender directamente de la Intendencia de Potosí. El Partido de Atacama fue dividido en Atacama La Alta y Atacama La Baja, en la segunda quedó incluida la ensenada de Cobija. (Castro, 1997)

Además, la autora nos indica que desde 1534 ésta era una zona considerada de paso hacia el sur, en la cual se sabía habitaba una población hostil a los colonos, llegando la paz jurídica recién en 1560. En general, esta zona era concebida por los españoles como aislada y muy difícil de habitar debido a sus características. Martínez lo expresa así,

...esos espacios aparecen ante la concepción y la imaginación de cualquier español de la época que oyerá hablar de ellos, como uno de los paradigmas de los mundos no poblados. De aquellos espacios que en el universo cultural y en las etnocategorías de la España de los siglos XV y XVI eran, precisamente, los no aptos para los hombres. (Martínez, 1998:45)

Situación que evidentemente tenía consecuencias en las nociones acerca de los pueblos que habitaban la región, principalmente sobre el grupo humano costero y sus particularidades, que tanto más aislados y «salvajes» aparecían en las categorías europeas.

Distintos nombres para distinta gente⁶

Como indicaba, los pueblos de la costa del Pacífico desde el sur de Perú hasta Tongoy, fueron nombrados de cuatro maneras diferentes. Camanchacas, Changos, Uros y Proanches.

No obstante, los conquistadores y cronistas, ubicaron a todos los grupos costeros en una misma categoría (con distintos etnónimos, según quién los nombraba), igualaron a esas poblaciones hasta convertirlas en un «tipo» que se podía observar a lo largo de todo ese territorio. En este sentido, es sugerente para comprender esta actitud de los europeos, pensar en las condiciones que rodean la sobrevivencia en la orilla del mar, ya que establece algunas características de adaptación bastante particulares. Sólo como ejemplo podemos pensar en las balsas de cueros de lobos, rasgo llamativo y determinante para las observaciones europeas, o en la precariedad material que permite el océano, es decir, las pocas vestimentas, las viviendas ligeras y por sobre todo la posibilidad abundante de la recolección.

Obviamente esto no justifica las concepciones europeas, pero si nos da una herramienta para comprender sus razonamientos, que Thérèse Bouysse-Cassagne complementa cuando escribe acerca de los criterios de clasificación de los españoles,

Hay que insistir, desde nuestro punto de vista, sobre el hecho de que durante esta primera etapa de la implantación española el más importante criterio de clasificación de los individuos es la pertenencia a la clase rica o pobre, y no un criterio de clasificación étnico –aunque sí, éste, puede ser eventualmente un indicio de poder económico-. (Bouysse-Cassagne 1975:328)

Algunos de los adjetivos que aparecen en distintos textos y con los cuales se refieren a estos habitantes eran, «gente bruta», «bárbaros», «miserables» (Bittmann 1979; Castro 2001).

Como el relato que hace el corsario Sir Richard Hawkins de su viaje por las costas de Chile, donde comenta «...estos eran nativos de Mormoreno, y los más brutos que hasta ahora había visto; y excepto que tenían forma humana y lenguaje, parecían estar exentos de aquello que pertenece a los hombres» (Bittmann 1984: 106). También llamó la atención de los europeos su movilidad a lo largo de la costa y junto a esto las balsas de cuero de lobos, que aparecen en la mayor parte de los relatos acerca de estos pueblos.

Bittman (1984) plantea que la mayoría de las fuentes coloniales se refieren a estos indígenas como pescadores de la costa simplemente, sin darle un nombre en particular, apareciendo los cuatro nombres ya expuestos sólo en algunos documentos de la época y más tardíamente. Esto permite sugerir que las asignaciones de etnónimos estuvieron sujetas a la presencia de algún personaje con conocimientos empíricos pero especulativos y del poder que tenía para «bautizar» a los habitantes sin necesidad de certezas.

Uno de los primeros trabajos hechos acerca de los pueblos que habitaron estas costas, es el de Ricardo Latchman (1910), «Los Changos. De la costa de Chile». En él se hace una clasificación antropológica, principalmente física, de los distintos grupos que existieron, basada en mediciones de los cuerpos encontrados, la distribución espacial y las formas de sepultura. Dice que la denominación Chango parece ser de uso relativamente «moderno», pone 1788 como fecha de la primera aparición del término, en la «Descripción Geográfica Histórica del Reino de Chile», de Vicente Carvallo i Goyeneche. Sus estudios le hicieron concluir que las consideraciones de los pocos autores que has-

ta ese momento habían trabajado el tema, que incluían a todos los grupos humanos en una misma entidad étnica, no eran correctas. Escribe,

...en esto existe un grave error; i que los habitantes de la zona en cuestión, antiguos i modernos, han pertenecido a varias razas, cuyas costumbres, grado de cultura i aptitudes han sido mui parecidas, siendo osipor el contrario mui diversos sus caracteres físico. (Latchman 1910: 5-6)

Concluyendo que el término Chango finalmente no sería más que «...un término jenérico con el significado de pescador, o bien de indio de la costa o costino» (Latchman 1910: 6), anticipándose a otros investigadores, que años después también la consideraron una posibilidad bastante cierta (Castro 2001; Martínez 1990; Murra 1964).

Latchman, luego de los análisis físicos de los cuerpos encontrados, establece 6 tipos⁷, demostrando sus distintos orígenes. Sin embargo, hay que considerar que este investigador no contaba con todas las herramientas y los conocimientos para hacer sus investigaciones más precisas, por lo que sus conclusiones vistas ahora no son siempre correctas. De todas formas es significativa la propuesta acerca de la denominación Chango y de los distintos orígenes de los habitantes costinos del norte de nuestro país, pues son ideas que tiene una correlación con las investigaciones posteriores que ya hemos expuesto, sobre todo las arqueológicas, que establecen con mayor claridad la existencia de más de un grupo habitando la costa.

En Cobija

Desde nuestra temporal casa se ve la bahía principal, donde flotan los botes de los pescadores y buzos. La Punta Castilla, que delimita a caleta Cobija por el sur, es la extensión de tierra y rocas que la forman y protegen. En la playa de la bahía está el antiguo muelle del puerto Cobija, del que sólo quedan en pie algunos fierros oxidados y vigas de madera, que ahora sirven para colgar los pescados que traen después de la faena diaria. Frente a la playa de la bahía, donde llegan los botes, está el sindicato de buzos y pescadores. Es una construcción antigua que les fue cedida por la Gobernación Marítima y que originalmente, se cuenta, era parte de la aduana existente en el puerto. Ahora sus maderas están rotas y el techo a medias. Al sur de Punta Castilla siguen varias playas, pero no hay construcciones, quedan los rastros de un par de casas abandonadas, cercanas a la aguada de ese sector. Hacia allá se

va a orillar preferentemente, pues son varios los buenos lugares antes de llegar a la última playa accesible, la del Mulato.

Un poco más al norte de nuestra casa también hay otra bahía. Un poco más abierta y donde no hay construcciones. Ahí van buzos a resuello a mariscar, la mayoría son de Tocopilla y van en camioneta. Van seguramente porque es más rocosa y calma y porque también está más lejos del territorio de los cobijanos. Después de esa bahía hay unas playas estrechas y acantilados. Se podría decir que ahí termina Cobija.

Don Manuel Olivares Mercado

Ya instalados, al día siguiente de haber llegado por primera vez a Cobija, Vicky nos indicó a Marcela Romo y a mí, los antropólogos del proyecto, que nuestra tarea ese día era mostrarnos. Los arqueólogos y arqueólogas se iban a recorrer las cercanías de Cobija.

Comenzamos a deambular. Llegando a la caleta, de una de las casas, que son básicamente piezas de tabiques de madera, apareció un hombre pequeño que nos saludó amistosamente y nos invitó a acercarnos. Fuimos. Estaba con una mujer que hojeaba un diario, sentada junto a una mesa de comedor. Éste era casi al aire libre, con un techo que cubría del sol, aunque en ese momento estaba nublado, y con dos separaciones que hacían de murallas. Una de ellas era un mueble de living, en el costado sur. Sobre él había algunas fotos, un reloj y una radio que funcionaba conectada a una batería de auto. Hacia el oeste hay un tabique de madera, donde hay pegadas fotos de mujeres que salen en la televisión posando en traje de baño, junto a una bandera de Cobreloa, unos dibujos de Jesús, la Virgen María y un calendario del año. Frente al tabique hay otra pieza pero con puerta, que nos damos cuenta que es la cocina. El señor nos saluda y se presenta, se llama Manuel Olivares Mercado. Rápidamente nos cuenta que vive en Cobija desde 1977.

La mujer escuchó un momento la conversación y después se despidió. Don Manuel nos ofreció pescado, unos que tenía colgando y que le habían regalado sus amigos buzos. Agarró uno bien feo que se llama Peje Perro y lo faenó para que lo lleváramos. De repente apareció el Tumba, un buzo crespito y con tatuajes, que medio indolente nos saludó con un movimiento de cabeza. Se sentó y se quedó hojeando el diario, escuchando lo que hablábamos. Mientras pelaba y fileteaba el pescado, don Manuel nos cuenta que él se dedicaba a orillar; es decir, a mariscar, recolectar huiros y pulpear por la orilla. Ése era su trabajo desde que llegó a Cobi-

ja, trabajo que había aprendido desde muy chico, porque él era de la zona. Al saber de su oficio, inmediatamente lo asocié a mis intereses investigativos, aunque no estuvieran completamente determinados.

De las primeras conversaciones que tuvimos con don Manuel, y de las varias horas que pasé con él en los terrenos, lo que motivó mi interés por conocer la forma en que vivía, no era simplemente su oficio de subsistencia que lo ligaba a los habitantes tradicionales de la costa desértica, sino que él representara la coexistencia de una dualidad, o más bien de un tránsito, entre el ser cazador recolector y la vida en las ciudades y los imaginarios que por ellas circulan. Sentarme a conversar con él sobre las sesiones fotográficas de Tunick o sobre las canciones que bailaba en alguna fiesta tocopillana y después verlo capturar pulpos, golpearlos en la cabeza, para luego transformarlos en dinero, eran experiencias que parecían tan ajenas, pero que iban delineando una realidad que antropológicamente parecía interesante y valiosa de describir y difundir; especialmente, porque las dificultades y sacrificios que este tipo de vida conlleva, más las otras posibilidades de explotación marítima que pagan mejor, como el buceo, están haciendo desaparecer el oficio de orillero.

Es por esto, que a pesar que los objetivos generales de la investigación van más allá de las circunstancias de don Manuel, creo que presentar ciertos elementos de su biografía es relevante para comprender al orillero, pues muestran el recorrido de un sujeto, que al igual que otros, creció en la zona con las distintas experiencias que eso implica.

Datos biográficos

Don Manuel Olivares Mercado, nació en Tocopilla en 1946. Sus padres, Domingo Olivares Gallardo y su madre (nunca nos dio su nombre,) se habían conocido en Gatico, localidad que está a unos pocos kilómetros al norte de Cobija. Su papá era originario de Ovalle y su mamá gatiqueña. Sin embargo, los padres de ella no eran originarios de Gatico, sino que inmigrantes como muchas de las personas de esta zona, su papá, Benito Mercado, era argentino, y su mamá, Rosa Araya, al parecer de Tierra Amarilla. A los 14 años, don Manuel vive con su tío Guillermo Araya y su mujer, en la oficina salitrera Vergara. A los 16 se vuelve con su familia a Gatico y ahí está un par de años. No continúa estudiando, se pone a trabajar. Su familia se va, a Antofagasta su madre y hermanos, y su papá a Tocopilla. Él se queda solo en Gatico. Vuelve un tiempo a la oficina Vergara, tiene 17 años aproximadamen-

te, pero esta vez vuelve a casa de su tía Nancy, la hermana chica de los Araya. Está como un año en ese lugar.

A los 19 años entra al Servicio Militar en Calama. Lo hace entre el 65 y el 67, sale a los 21. Después de terminar el Servicio vuelve a Gatico, vive solo en hostales. Trabaja de orillero, unos 2 años. Después comienza su estadía en Antofagasta, el año 69. Llega a vivir a la casa de una hermana y después se va a casa de su madre. Está 10 años viviendo en Antofagasta. Trabaja para la CORFO, unos 3 o 4 años, de ayudante mecánico y en la Coca-Cola, entre otros oficios. El 77 aproximadamente, se vuelve a Gatico, pero está un tiempo corto junto a su hermano Ricardo. De ahí se van juntos a la Planta Cobija, que está unos pocos kilómetros al norte de la caleta, y viven ahí un tiempo. Finalmente, en 1978 llega a Cobija con Ricardo. Vienen detrás de los huiros, porque en Cobija varaba mucho, además de que tenían amigos viviendo ahí. Está un periodo en transición entre Cobija y Antofagasta, hasta que el 79 se instala definitivamente en Cobija, aunque la movilidad sigue siendo parte de su vida.

Cazar, recolectar, extraer.

Convertir en dinero

Trabajo y equipo

Orillar consta de cuatro actividades. Tres de las cuales tienen una finalidad principalmente comercial, lo que no implica que no tengan otras significaciones. Estas son la recolección de huiros, la extracción de mariscos y la caza del pulpo. La cuarta es la pesca con lienza desde la orilla, pero ésta es una actividad realizada en forma intermitente y casi como algo especial. La producción es muy baja y no se venden bien, y además cuando don Manuel tiene ganas de comer pescado los buzos le regalan. Por lo tanto, su valoración está dada principalmente por aspectos recreativos, por ejemplo para compartir con personas que están de visita. Cuando don Manuel sale a orillar, lleva a cabo las tres actividades principales conjuntamente. Va mariscando, pulpeando y juntando huiro en los mismos recorridos. Llega a una playa, si hay huiros los recoge y junta y después se dirige a las rocas para comenzar a pulpear y mariscar.

El equipo que utiliza, se podría dividir en herramientas que son comunes para todas las actividades, las que permiten el acceso a los lugares de explotación y para la acumulación y traslado de la producción; y las herramientas específicas para cada una de las actividades.

Casi todo el equipo es fabricado por él mismo. Lo mismo ocurre con las reparaciones.

Dentro de las *herramientas comunes* se encuentra la bicicleta, que facilita el acceso a las playas más lejanas y que además permite cargar con el resto de los materiales. En la parte de atrás tiene una pequeña parrilla, donde lleva un bidón de plástico cortado a la mitad, que le sirve para cargar algunos materiales, pero por sobre todo para llevar lo capturado. También la ropa se puede incluir. Pantalón de algodón, un par de poleras para el frío, que se manchan con la tinta que lanzan los pulpos, un gorro de lana y para los pies, que están la mayor parte del tiempo en el agua, un par de calcetines, unos soquetes de goma de los que utilizan los buzos y unas alpargatas o changas, hechas de perlón que sirven para adherirse mejor a las rocas y que son características de los orilleros. Completa esta parte del equipo el chinguillo, que es una malla que se amarra a la cintura y en la cual va depositando los pulpos y los mariscos que va capturando. Para la recolección de huiro no hay un equipo especial, ya que la actividad es básicamente recolectar y hacer pequeños montones, pero si se utilizan marcas que diferencian la propiedad de los montones. La marca de don Manuel son piedras que tengan manchas blancas. Para otros las marcas son algún pedazo de plástico, o hueso o piedras sin color. Es destacable como se respetan las marcas.

Para mariscar, es una la *herramienta específica* que utiliza. El chope. Este es un fierro de unos 30 o 40 centímetros, que tiene una de sus puntas curva y la otra levemente doblada. En la mitad lleva una tira de goma amarrada que sirve para tomarlo. Se usa como palanca para arrancar los mariscos. En cambio el pulpear requiere de tres fierros. Uno es el cangrejero, fierro de unos 70 centímetros, con una de sus puntas aguzadas y la otra con una empuñadura. Se utiliza para cazar los cangrejos que luego sirven de cebo. El otro fierro es el cebador, de un metro y 30 centímetros aproximados, en una de sus puntas lleva amarrado un anzuelo grande, donde se clava el cangrejo, y en la otra tiene una empuñadura de goma. Éste es el más largo, pues es el que se introduce en las cuevas donde se esconde el pulpo y permite tomar una distancia apropiada para que el animal no te vea y se espante. El tercer fierro es el pulpero. Éste mide aproximadamente un metro y tiene una punta curva y aguzada y en el otro extremo tiene una empuñadura de goma. Sirve para enganchar al pulpo. La idea es que cuando el pulpo está suficientemente afuera de la cueva, arrastrado por el cebador que se maneja con la mano izquierda, se acerca lenta-

mente el pulpero hasta estar a distancia y de un movimiento rápido y fuerte enganchar el pulpo y sacarlo de la cueva. Después se pone sobre una roca y se la da fierrazos entremedio de los ojos hasta aturdirlo. Luego se mete al chinguillo.

Convertir en dinero

La primera vez que acompañé a don Manuel a orillar, mientras arreglábamos las cosas para irnos, comencé a llenar con agua el recipiente donde lleva los pulpos. Le pregunté por qué y me dijo que así los animales se hinchaban y cuando se los pasaba a los rematadores pesaban más. Miré el movimiento agonizante de los tentáculos del pulpo que estaba encima y tomé mi bicicleta. Veinte minutos después estábamos en el sindicato entremedio de los buzos, esperando el turno para que la rematadora de Cobija pesara las lapas y los pulpos.

La jornada se completa con la venta de la producción al rematador. Este intermediario entre las compañías conserveras de Tocopilla y los pequeños productores, compra según un precio fijo por kilo para cada especie y después vende a los empresarios, con lo que obtiene una ganancia. En Cobija durante muchos años los rematadores eran de Tocopilla y por lo tanto su relación con los cobijanos era totalmente comercial, lo que permitía el abuso en los precios. Esto cambió hace unos dos o tres años, cuando la señora María Pinto, una de las hermanas de la familia más antiguas de Cobija, invierte y se hace cargo del puesto. La gran ventaja de que haya un rematador en Cobija, es que al existir un vínculo más cercano, el trato supera lo netamente comercial y ofrece algunas ventajas como la posibilidad de préstamos de dinero o que la señora María les haga compras en Tocopilla, como bencina o comida.

Cómo aprendieron

Para lograr una caracterización acabada del orillero, es necesario también conocer la manera en que se han recibido los conocimientos de las técnicas de explotación marítima. Esto para establecer el vínculo con las poblaciones originarias, o más precisamente con su herencia, y así poder reflexionar acerca de cómo las poblaciones actuales, sin una ascendencia indígena local, han tomado esos saberes para incorporarlos a sus vidas. Sin embargo, esta fue una tarea bastante difícil. Al releer las entrevistas, no había una persona y momento particular, sino que eran varios instantes de la vida, en el cual intervenían no sólo los familiares más cercanos, sino que distintos personajes del entorno. Es

quizás por esto que el aprendizaje autodidacta aparecía como la respuesta más inmediata, ya que al no haber un momento y educador precisos, el aprendizaje dependía de los contactos que los individuos realizaban o estaban expuestos. Estos contactos, eran principalmente en un comienzo el padre y los hermanos mayores; pero posteriormente aparecían siempre en los relatos, viejos orilleros que eran identificados como originarios de esas costas, e incluso «primitivos», que sacaban pulpos con la mano o con un solo fierro.

A partir de estas indagaciones, fue interesante saber, que también hubo aprendizajes más recientes, como la de los dos fierros para pulpear, que fue una técnica que aprendieron luego de que se comenzara a comprar pulpo industrialmente a principios de los ochentas. Técnica aprendida de buzos y orilleros antofagastinos.

Vinculaciones urbanas

Al conocer a alguien que vive en la playa y de la manera en que lo hace don Manuel, los prejuicios inmediatamente lo sitúan como un sujeto que a penas mantiene vínculos con la ciudad. Sin embargo con él, esa tendencia se fue acabando rápidamente, primero al ver las fotos de modelos televisivas pegadas en su comedor, la bandera de Cobreloa y los comentarios de noticias nacionales; y luego con la cantidad de recuerdos de su vida citadina y el reconocimiento de su imaginario, que incluye tanto de la costa como de la urbe. Él pasó la mayor parte del tiempo, hasta más o menos los treinta años, deambulando por distintos pueblos o ciudades como Antofagasta, Tocopilla, Gatico, la oficina salitrera Vergara y Calama. Ha sido un sujeto urbano durante por lo menos la mitad de su existencia. En sus recuerdos aparecen continuamente las experiencias de su vida urbana, como pololeos, plazas, fuentes de soda, campeonatos de fútbol. Sin embargo, hay que recalcar que la costa ha sido una presencia constante en su vida, y que si bien por períodos estuvo alejado (servicio militar o su estadía en Vergara), siempre volvió y mantuvo esa transición entre la ciudad y «la playa». Movilidad que aún mantiene, yendo cada cierto tiempo a la ciudad, cuando hay vedas, cuando va a comprar o simplemente para visitar gente o ver un partido de fútbol.

Un aspecto característico de estos viajes a la ciudad, es que don Manuel se arregla para ir. Cambia su aspecto de hombre de la playa, por otro que se mueve en la ciudad sin llamar la atención. Se baña, se afeita, se pone ropa limpia. Esto encuentro que grafica la pertenencia de don Manuel a esos dos mundos, ya que más

que una transformación en la que se deja de lado parte de lo que se es, demuestra una capacidad de ubicarse que es propia de quien conoce perfectamente los contextos.

Perspectivas para la caracterización del orillero

Aunque la mayoría de los pormenores con los que se construye este trabajo, están sujetos a lo que don Manuel accedió a mostrarme, también pude ampliar mis conocimientos con otros orilleros con los que tuve contacto en los terrenos y con los relatos de personas cercanas a ellos. De esta forma, he establecido algunos puntos de vista que me parecen relevantes para caracterizarlos.

Lo primero es saber que se trata de personas que no son descendientes, por lo menos directos, de los pueblos originarios de esta zona. Esos grupos desaparecieron o se disolvieron en los procesos socioculturales que se desarrollaron en el norte de nuestro país, influenciados la mayoría por la explotación minera. Sin embargo, lo interesante es que estas poblaciones inmigrantes fueron depositarias de algunas de las creaciones indígenas, lo que nos lleva a la siguiente característica. El vivir en estas costas, permitió el acceso y la transmisión de conocimientos elaborados durante miles de años. En este sentido, es importante destacar el tema de cómo se transmitieron esos conocimientos.

Como expuse, fue muy difícil precisar cómo habían adquirido esos saberes y si bien lo logré, fue con las distinciones que hace Tim Ingold (2001 [1996]) en su artículo «El forrajero óptimo y el hombre económico», que pude comprender mejor esos procesos. Para este autor, hay dos cosas que precisar en cómo aprenden los cazadores su oficio. Primero, que no hay un código de procedimientos explícito, que diga los movimientos a ejecutar en distintas circunstancias; y segundo, que no es posible separar en la práctica, la relación del novicio con otras personas, de su relación con el medio ambiente no humano. Propone que ese *know-how* se obtiene por observación e imitación. Observar es atender activamente las acciones de otros y no incorporar una copia de informaciones específicas; e imitar es alinear esa atención con el movimiento de la propia orientación práctica, hacia el medio ambiente. De esta forma, plantea que el enlace de percepción y acción se comprende mejor como un proceso de enhabilitación que como uno de enculturación, ya que «no se trata de una transmisión de representaciones, como implica el

modelo de enculturación, sino de una *educación de la atención*» (Ingold 2001: 55).

Con esta distinción entre enculturación y enhabilitación, puedo interpretar que no es necesario el respaldo de toda una cultura y sus representaciones, para transmitir ese grupo de conocimientos técnicos, pues al basarse en la *educación de la atención*, dependen mucho de la relación que el «enhabilitado» tiene con el medio ambiente, y de cómo es capaz de desplegar lo que observó e imitó en un momento dado, más que con la pertenencia a un grupo específico. Puedo deducir entonces, que los viejos cazadores recolectores de las últimas familias changas, se fueron mezclando con las poblaciones allegadas, y que bastaron sólo unos cuantos aprendices que optaran por la abundancia marina y por su consiguiente autosuficiencia, para lograr que esas nociones persistieran y fueran traspasadas a las siguientes generaciones de orilleros. Mientras las sociedades originales desaparecían, la reutilización de su subsistencia aseguró un tipo de vida paralelo a las necesidades que comenzaron a aparecer.

Los orilleros también han ido reformulando esos conocimientos adquiridos. Y esa reformulación, está asociada a otra característica importante: su vinculación permanente con los elementos y dinámicas de la sociedad contemporánea. La mayoría de ellos, de los que supe y conocí, han sido criados en los pueblos o ciudades de la zona, siendo partícipes del sistema de educación estatal, de los procesos históricos⁸, o de las modas que los iniciales medios de comunicación de masas traían desde el centro. Ya en la adultez, teniendo otros trabajos u oficios en las ciudades, en algún momento deciden echar mano de las técnicas y modo de vida aprendida en la niñez, y de ese modo aprovechar la potencialidad de su independencia (relativa), para así no estar completamente inmersos en redes sociales, que por diferentes motivos, no les acomodaban. Sin embargo, el haber sido criados y hecho gran parte de sus vidas en los centros urbanos, no sólo les dejaron recuerdos y tendencias, sino también relaciones familiares y amistosas importantes, que los ligan permanentemente a esos lugares.

De igual modo, está el ya comentado factor económico en esta relación. La subsistencia, si bien se nutre de la recolección y la caza, finalmente es convertida en dinero para comprar víveres y satisfacer otras necesidades, que los hace parte de las dinámicas del mercado. Ahora bien, esto que parece ser tan contradictorio, ha sido fuente de transformación de las técnicas de recolección y caza, y debe ser destacado, pues ha permiti-

do la durabilidad de esta forma de subsistencia. Por ejemplo, la demanda de las industrias conserveras ha generado cambios significativos, como el paso de uno a dos fierros para cazar el pulpo y la incorporación de medios de movilización como la bicicleta, los que han logrado hacer más eficiente la producción y por tanto la obtención de dinero. Es muy probable que sin esas transformaciones, el orillero ya hubiese desaparecido pues no sería sustentable. Es posible entonces, desde mi perspectiva, proponer que las transformaciones en las técnicas de subsistencia, independientemente que sean motivadas por el mercado, hace que los orilleros dejen de ser sólo depositarios de un cúmulo de conocimientos, y los convierta en integrantes activos de la milenaria tradición desértica costera.

Posicionados en una situación fronteriza, compartiendo ámbitos con modos de vida diferentes que entran en conflicto y cambian, los orilleros esperaran la baja para escudriñar las rocas por última vez muy pronto. Cuando ya no haya aprendices que quieran obviar la ilusión de las necesidades infinitas.

Propuestas para una discusión

Si bien los datos establecidos en esta investigación, ayudan a comprender el modo de vida de un cazador recolector contemporáneo de la costa de Antofagasta, también es cierto que es posible seguir estudiando el tema e intentar descubrir nuevos aspectos que complementen lo aquí descrito, y permitan generar conocimientos más amplios sobre un fenómeno que no se circunscribe únicamente a la costa antofagastina, sino que es propio de la extensa costa desértica, y en términos más generales, de los procesos que viven gran parte de los habitantes de los países latinoamericanos. La disponibilidad de herencias culturales precolombinas, y las necesidades actuales de los sujetos que habitan estas costas y otras zonas de nuestro continente, requieren de un análisis mayor, para el cual este estudio representa sólo una entrada.

En ese sentido, la atención de este trabajo no se dirige hacia los descendientes directos de las poblaciones originarias, ni a lamentar el deterioro o transformación «destructiva» de sus culturas, sino que apunta a resaltar las condiciones de vida de los sujetos que somos fruto del cruce producido en América, revelando las posibilidades que nos provee nuestra condición mestiza y describiendo cómo operan las elecciones tomadas, conciente o inconscientemente, en la forma en que

actuamos. De todas maneras, esto implica necesariamente conocer lo que la ascendencia indígena nos ha legado y tratar de distinguir en el presente, cómo la hemos reutilizado en nuestra compleja y heterogénea formación como sujetos nacionales, que siempre ligada a concepciones foráneas, poca atención han puesto a esta condición.

Sin embargo, tengo presente que esta reflexión se apoya en una distinción metodológica, pues obviamente dentro de los procesos de aprendizaje (en un sentido amplio), los diferentes rasgos culturales se transmiten indistintamente y muchas veces es difícil seccionarlos en búsqueda de orígenes, sobre todo si asumimos que esa mixtura es lo que nos constituye. Aún así, la apuesta es entonces, observar, detectar y describir, las particularidades que permitan analizar la manera en que nuestra posición, ha permitido ir conformando lo que somos.

Notas

¹ Esta investigación forma parte del Proyecto FONDECYT 1050991 «*El desierto costero y sus vinculaciones con las tierras altas. De Cobija a Calama*» dirigido por Victoria Castro Rojas.

² El rematador es la persona que hace el vínculo entre los buzos y los compradores de la ciudad, principalmente la industria conservera. Compra la producción de primera mano y luego la revende.

³ La concepción de frontera que propone Renato Rosaldo (1991), ha servido de guía para este trabajo.

⁴ Más detalles sobre las investigaciones arqueológicas en Orillero en Cobija. Cazador recolector contemporáneo del desierto costero, Manuel Escobar M., memoria para optar al título de Antropólogo Social, Universidad de Chile, 2007.

⁵ Lagostera toma como base para la segmentación del litoral la división biogeográfica de Quintanilla que aparece en Geografía de Chile, Tomo III, Instituto Geográfico Militar, Santiago 1983. Además con algunas modificaciones de acuerdo a otros autores y a observaciones de él mismo.

⁶ Más detalles sobre los etnónimos en Orillero en Cobija. Cazador recolector contemporáneo del desierto costero, Manuel Escobar M., memoria para optar al título de Antropólogo Social, Universidad de Chile, 2007.

⁷ 1) Paleoamericano; 2) hiperbraquicéfalo; 3) los cambios de Coquimbo i Atacama; 4) los cambios del norte (Atacama i Antofagasta); 5) los Aimarás y 6) los uros.

⁸ Por ejemplo, estando en Gatico don Manuel miró lo que queda de un muelle y recordó a Fidel Castro saltando desde ahí hacia la playa, cuando visitó el norte. O también el recuerdo de las salitreras en su niñez.

Bibliografía

- ACEVES, Jorge. 1999. Un enfoque metodológico de las Historias de Vida. en *Proposiciones 29: Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las ciencias sociales*. Pp. 45-51, ed. SUR, Santiago.
- ARRIAZA, Bernardo. 2003 [1995]. *Cultura Chinchorro: Las momias artificiales más antiguas del mundo*. M. Oñate, trad. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- BARTH, Fredrik. 1976 [1969]. Introducción. en *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*. F. Barth, ed. Pp. 9-49. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- BIRD, Junius. 1946. The Historic Inhabitants of the North Chilean Coast. en *Handbook of South American Indians*. Smithsonian Institution, ed. Pp. 595-97, Vol. II. Washington DC, USA: Bureau of American Ethnology.
- BITTMANN, Bente. 1979. Cobija y sus alrededores en la época colonial (1600-1750). en *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile 1977*. Pp. 327-64, Vol. II. Santiago, Chile: Kultrún.
- _____. 1984. El Programa Cobija: Investigaciones Antropológico - multidisciplinarias en la Costa Centro Sur Andina: Notas Etnohistóricas. en *Contribuciones a los Estudios de los Andes Centrales* S. Masuda, ed. Pp. 101-49. Tokio: Universidad de Tokio.
- BOCCARA, Guillaume. 1999. Antropología diacrónica: dinámicas culturales, procesos históricos y poder político. en *Lógica Mestiza en América*. G. Boccara y S. Galindo, eds. Temuco, Chile: Instituto de estudios indígenas, Universidad de la Frontera.
- BOUYASSE-CASSAGNE, Therese. 1975. Pertenencia étnica, status económico y lenguas en Charcas a fines del siglo XVI. en *Tasa de la Visita General de Francisco de Toledo*. D.N. Cook, ed. Pp. 312-28. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- CASTRO, Victoria. 1997. *Huacca Muchay Evangelización y Religión Andina en Charcas de Atacama la Baja*, Universidad de Chile.
- _____. 2001. Atacama en el tiempo. Territorios, identidades, lenguas. (Provincia El Loa, II Región). en *Anales de la Universidad de Chile: Anales de la Universidad de Chile*.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. 1986 [1982]. *Las culturas Populares en el capitalismo*. Ciudad de México: Nueva Imagen.
- GEERTZ, Clifford. 1997 [1988]. *El antropólogo como autor*. A. Cardin, trad. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- _____. 2003 [1973]. *La interpretación de las culturas*. A. Bixio, trad. Barcelona, España: Gedisa.
- GUNDERMANN, Hans. 2001. El método de los estudios de caso. en *Observar, escuchar y comprender. Sobre la tradición cualitativa en la investigación social*. M.L. Tarrés, ed. Pp. 251-88. México D. F., México: El Colegio de México-Miguel Ángel Porrúa.
- HAMMERSLEY, Martyn y Paul ATKINSON. 1994 [1983]. *Etnografía. Métodos de investigación*. M. Aramburu, trad. Barcelona, España: Paidós Ibérica.
- HIDALGO, Jorge. 1978. Incidencias de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804. Las revistas inéditas de 1787-1792 y 1804. en *Estudios Atacameños* 6. Pp. 53-111, San Pedro de Atacama.
- INGOLD, Tim. 2001 [1996]. *El Forrajero Óptimo y el Hombre Económico*. en *Naturaleza y Sociedad: perspectivas antropológicas*. P.D.y.G. Pálsson, ed. Pp. 37-59. Ciudad de México: Siglo veintiuno.
- LATCHAM, Ricardo. 1910. *Los Changos de las costas de Chile*. Santiago, Chile: Imprenta Cervantes.
- LLAGOSTERA, Agustín. 1979. Ocupación humana en la costa norte de Chile asociada a peces local-extintos y a litos-geométricos: 9680 + 160 a. p. en *Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile*. Pp. 93-113, Vol. I. Santiago, Chile: Kultrún.
- _____. 1982. Tres dimensiones en la conquista prehistórica del mar, un aporte para el estudio de las formaciones pescadoras de la costa sur andina. en *Actas del VIII Congreso de Arqueología Chilena*. Santiago, Chile: Kultrún.
- _____. 1993 [1989]. Caza y pesca marítima (9.000 a 1.000 a. C.). en *Prehistoria*. V.S.F. Jorge Hidalgo L., Hans Niemeyer F., Carlos Aldunate del S., Iván Solimano R., ed. Pp. 57-79. Santiago, Chile: Andrés Bello.
- _____. 2005. Culturas costeras precolombinas en el Norte chileno: secuencia y subsistencia de las poblaciones arcaicas. en *Biodiversidad Marina: Valoración, Usos y Perspectivas ¿Hacia dónde va Chile?* E. Figueroa, ed. Pp. 107-48. Santiago, Chile: Editorial Universitaria.
- MARCUS, George y Michael FISCHER. 2000 [1986]. *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*. E. Sinnott, trad. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- MARTÍNEZ, José Luis. 1990. Asentamientos y acceso a recursos en Atacama (s. XVII). en *Serie Nuevo Mundo: Cinco siglos*. Pp. 13-62. Santiago, Chile: Departamento de Ciencias Históricas Universidad de Chile.
- _____. 1998. *Pueblos del Chañar y el Algarrobo. Los Atacamas en el siglo XVII*. Santiago, Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.
- MORAGAS, Cora. 1982. Túmulos funerarios en la costa sur de Tocopilla (Cobija) II Región. en *Chungará* 9, Arica.
- _____. 1995. Desarrollo de las comunidades prehispánicas del litoral Iquique-desembocadura río Loa. en *Hombre y Desierto* 9 (I). Pp. 65-80.
- Moseley, Michael. 1975. Chapter 4. Food, laws, tools, and people. en *The Maritime Foundations of Andean*

- Civilization*: Cummings Publishing Company, Menlo Park, California.
- MOSTNY, Grete. 1952. Una tumba de Chiuchiu. en *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*. Pp. XXVI (1):1 55, Santiago.
- MUÑOZ, Iván; ARRIAZA, B.; AUFDERHEIDE, A. 1993. El Poblamiento Chinchorro: nuevos indicadores bioantropológicos y discusión en torno a su organización social. en *Acha 2 y los Orígenes del Poblamiento Humano en Arica*. Arica, Chile: Universidad de Tarapacá.
- MURRA, John. 1964. Una apreciación etnológica de la Visita. en *Visita hecha a la Provincia de Chucuito por Garcí Diez de San Miguel el año 1567*. Pp. 421-42. Lima: Ediciones de la Casa de la Cultura del Perú.
- _____. 1975. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos.
- NUÑEZ, Lautaro. 1983. *Paleoindio y Arcaico en Chile. Diversidad, secuencia y procesos*. México D. F., México: Escuela Nacional de Antropología e Historia. Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- NUÑEZ, Lautaro y Cora MORAGAS. 1977-78. Ocupación arcaica temprana, en Tiliviche, norte de Chile (I Región). en *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena* 16. La Serena, Chile: Museo Arqueológico de La Serena.
- ROSALDO, Renato. 1991 [1989]. *Cultura y Verdad. Nueva propuesta de análisis social*. W. Gómez, trad. México D. F., México: Grijalbo.
- SAHLINS, Marshall. 1983 [1974]. *Economía de la Edad de Piedra*. E.M.y.E. Fondevila, trad. Madrid, España: Akal.
- SCHIAPPACASSE, Virgilio y Hans NIEMEYER. 1984. *Descripción y análisis interpretativo de un sitio arcaico temprano en la quebrada de Camarones*. Publicación Ocasional, 41. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- SERVICE, Elman. 1973. *Los cazadores*. M.J. Buxó, trad. Barcelona, España: Editorial Labor.
- TÉLLEZ, Guido. 1990. Cobjija, Lamar y el Mar de Bolivia. en *Camanchaca* 12/13. Pp. 93-96.
- WACHTEL, Nathan. 2001 [1990]. *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia, del siglo XX al XVI*. L. Ciezar, trad. México D. F., México: Fondo de Cultura Económica.
- ZLATAR, Vjera. 1983. Replanteamiento sobre el problema Caleta Huelén 42. en *Chungará* 10. Pp. 21-28. Universidad de Tarapacá.

La Microidentidad de Rol¹

The Role Microidentity

Cristián Prado Ballester*

Resumen

El presente trabajo es una propuesta que apunta a operativizar el concepto de identidad. Para tales efectos se ha desarrollado una redefinición de este concepto en base a los planteamientos de Jorge Larraín sobre el mismo. La redefinición se circunscribe a la noción de rol, tomado no en el sentido clásico sino como una metáfora o guía de acceso a un componente más cognitivo de la identidad misma. La idea es mostrar como el concepto redefinido es posible de operativizarse en un estudio particular, en este caso, la construcción de identidad de los bailes chinos de Valle Hermoso y La Ligua.

Palabras Claves: Microidentidad de rol, procesos de adscripción, bailes chinos.

Abstract

The present paper is a proposal work oriented to the operativization of the identity concept. Hence, it been developed a redefinition of the concept based upon the propositions of Jorge Larraín over it. The redefinition is encompassing to the notion of role, taken it nor in a classic sense, but like a metaphor or acces guide to a more cognitive component of the identity itself. The idea is showing how the redefined concept is capable of been operatively in a particular research, at this case, the identity construction of the chinos dancers from Valle Hermoso and La Ligua.

Keywords: Role microidentity, adscription processes, chinos dancers.

* Antropólogo, Magíster (c) en Lingüística de la Universidad de Chile, Investigador Asociado del Museo de La Ligua. E-Mail: cprado.ballester@gmail.com